



OSCUMINAR: ENTRE LA HIANCIA Y EL JUEGO

AUTOR

Ricardo Laleff Ilieff
Universidad de Buenos Aires - CONICET (Argentina)

Cómo citar este artículo:

Laleff Ilieff, R. (2022). Oscuminar: entre la hiancia y el juego. *Diferencia(s). Revista de teoría social contemporánea*, 13, 67-70.

Artículo

Recibido 15/08/2021
Aprobado 20/10/2021

No es en la oposición que da inicio al Manifiesto entre el “acto de iluminar” y el “estado de oscuridad” donde se revela aquello que parece aludir el vocablo “oscuminar”; tampoco es en la novedad que implica la enunciación de esta palabra nueva. En cierta medida, el Manifiesto no sigue a Friedrich Nietzsche en su conocida máxima de *La gaya ciencia* cuando indica que las cosas nuevas requieren de vocablos nuevos. Es que la originalidad sintáctica de “oscuminar” no descubre, no saca algo recóndito, no inventa nada, no recuerda lo olvidado y, sin embargo, propone algo: la tarea de enhebrar, nuevamente, ciertos sentidos.

Precisamente en su dimensión de sustracción, en esa suerte de pliegue de lo “hipersensible” —tal como dichas páginas caracterizan a nuestro mundo de hoy— es donde se vislumbra algo que es distinto y no por el siempre encubrimiento que podría conllevar la apelación a la singularidad de los sujetos, sino porque “oscuminar” indica un llamado menos de desesperación o de denuncia que de rebelión; de una gentil y suave rebelión que cuestiona los términos que estructuran lo social. Quisiera, en lo que sigue, indicar que oscuminar alude a la hiancia misma de la existencia y que, por eso, no revela nada nuevo, más bien designa algo urgente que es, también, político.

Para ir de lleno al asunto: oscuminar designa el desplome de sentido, algo similar a lo que Hans Blumenberg denominara “absolutismo de la realidad” y diera lugar a la dignidad de la metáfora como rasgo ineludible de la existencia. De allí que la distancia de la que parte el Manifiesto entre la luz y las tinieblas, la sabiduría y la ignorancia y —¿por qué no también?— el centro y los márgenes, sea tan certera como ficticia. Es que aunque más no sea por su oposición, los elementos se oponen, se repelen, se unen. De manera que no hay forma de derivar una cosa u otra, un modo, un contenido, de predicar una verdad. Sobran incluso ejemplos del mundo de la astronomía y de la física que indican la presencia de luz y de oscuridad en un mismo fenómeno o acontecimiento, ya sea como complementación, como negación, como reverso u omisión. Sobran también ejemplos de mitos y relatos donde lo “alto” y lo “bajo”, lo “interno” y lo “externo”, lo “superficial” y lo “profundo” se articulan en una alquimia de antinomias o díadas, irresolubles algunas veces, equilibradas en otras, pero siempre vinculadas. Y, por ello mismo, el Manifiesto parecería impulsar a tejer incesantemente, tal como designa Platón en *El Político*.

Ahora bien, no se puede pasar por alto que “oscuminar” se forja de esa antinomia entre “iluminar” y “oscuridad”, entre un verbo y un sustantivo, entre una acción y un lugar y que allí es donde aparece algo del sustrato real —imposible, diría Jacques Lacan— del lenguaje.

Se sabe lo mucho que ha hecho la Modernidad para consagrar la oposición entre iluminación y conocimiento por un lado y oscuridad e ignorancia por otro —también entre el “bien” y el “mal”, lo “sano” y lo “patológico”, lo “normal” y lo

“anormal”, etc.—. Se sabe, asimismo, que todo ello remite al problema de la dominación, que no es otra cosa que el de la hegemonía, que no es otra cosa que el de la legitimidad, pues la Modernidad misma, como construcción que se expresa y expresa una línea de tiempo, buscó justificarse en oposición a épocas pasadas, más o menos renegadas e impugnadas por sus discursos fundadores. Aun así es interesante notar que la hiancia de la existencia a la que hacemos referencia —y que nuestra época blande como certeza—, puede ya ser ubicable mucho antes que la Modernidad.

En sus primeras líneas, el Génesis indica que “en el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (1:1-2). Recortada de este modo la palabra divina bien podría comprenderse que su mentada plenitud también se ve atravesada por cierto vacío inerradicable. De esa manera, una relación primera, anterior y compleja, entre las tinieblas y el abismo ya aparece destacada. Es que en este primer libro de la Torá y del Antiguo Testamento se dice que las tinieblas *no eran* el abismo, las tinieblas *estaban sobre* el abismo, las tinieblas debían ser apartadas para no caer en el abismo. Así, la acción creadora del Dios monoteísta es la que dio lugar a la ficción humana de (dis)asociar claridad y tiniebla, aunque el punto a relevar sea que la luz y la oscuridad parecen no poder excluir al abismo.

Así, la declaración que nos impulsa a escribir estas palabras concede algo adicional con lo que cabe finalizar: la posibilidad de un hacer frente al abismo. En ese marco, el Manifiesto procura recuperar la negritud de la sombra y de la penumbra; reconfigurar la relación de asociación o disociación entre la luz y la oscuridad, no para hacer un elogio de los márgenes, solo para reconsiderarlos, ya que oscuminar deber ser “OSCURECER PARA DESCUBRIR”. Y es en esa empresa que el Manifiesto no puede omitir las abyecciones racistas y clasistas que imperan en nuestra sociedad. No hace falta haber leído a Frantz Fanon para conocer que los colores son siempre máscaras que plantean un simulacro. De todas maneras, al igual que el autor nacido en Martinica, el Manifiesto no busca conjurarlas desde un elogio de la parcialidad de lo desplazado, pues hay una apelación explícita a la universalidad —“todos podemos OSCUMINAR”— que incluye la advertencia que “OSCUMINAR no es para siempre”, dado que solo “se puede OSCUMINAR por un tiempo”. Esa apuesta de encuentro con la oscuridad, de encuentro *en* la oscuridad, que acaso no está cargada de más peligros que las luces que enciegan, conlleva algo más que una interrupción: conlleva una recreación constante (y acá sí hay algo del Zaratustra de Nietzsche), una apertura lúdica, “un juego”, justo como hacen los niños y niñas que experimentan con texturas de lo más diversas, que mezclan colores, que no dan por sentadas las formas al desplazarlas, al desarticularlas una y otra vez, porque se intuyen perdidos en ese proceso para, también, reconocerse en él.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Blumenberg, H. (2003). *Trabajo sobre el mito*. Barcelona: Paidós.
Fanon, F. (1973). *Piel negra, máscaras blancas*. Buenos Aires: Editorial Abraxas.
Nietzsche, F. (2016). *La gaya ciencia*. Madrid: Tecnos.
Nietzsche, F. (2021). *Así habló Zaratustra*. Madrid: Tecnos.

SOBRE EL AUTOR

Ricardo Laleff Ilieff

ric.lal.ilie@gmail.com

Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Sus últimas publicaciones son: “¿Por qué Gramsci?” en *Las Torres de Lucca*. Revista Internacional de Filosofía Política, Universidad Complutense de Madrid, 2017; “Ni Karl Marx ni Max Weber. Carl Schmitt y la tiranía de los valores” en *Bajo Palabra*, Universidad Autónoma de Madrid, 2017. *Política y valores en la modernidad. Un recorrido teórico-político desde la muerte de Dios nietzscheana a las tribulaciones del período de entreguerras*. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires (Compilador), 2017; “Politización y despolitización en el pensamiento de Carl Schmitt” en *Ágora filosófica*, Universidad Católica de Pernambuco, 2016; “Autonomía y acotación de lo político. Una reflexión actual a partir de Antonio Gramsci y Carl Schmitt” en *Revista Argentina de Ciencia Política*, EUDEBA, 2016.